

VIAJE 3

EL PLAN
DE DIOS

VidaEsperanzayVerdad.org

Dios tiene un plan para la humanidad y se está llevando a cabo a nuestro alrededor. ¡Que no le pase desapercibido!
En este Viaje de siete días, descubrirá cuál es el plan de Dios para nuestro mundo y dónde entra usted en escena.

*VidaEsperanza*yVerdad

INTRODUCCIÓN

CÓMO HACER ESTE VIAJE

Querido lector:

En nuestros Viajes anteriores, hablamos acerca de quién es Dios, por qué existe la maldad y por qué Dios la permite, y además mencionamos que Dios tiene un plan para acabar con el mal de una vez por todas.

¿Cómo?

En “El plan de Dios” responderemos esta pregunta analizando las Escrituras y estudiando lo que Dios mismo dice al respecto. En cada estudio encontrará:

- La lectura del día.
- Recomendaciones de lectura: versículos y capítulos bíblicos relacionados.
- Material complementario de Vida Esperanza y Verdad para profundizar más en el tema del día.

Le recomendamos no empezar a leer “El plan de Dios” sin antes haber leído nuestros dos primeros Viajes, “Conociendo a Dios” y “El problema de la maldad”. Este tercer Viaje se basará en conceptos que explicamos en los dos primeros y le será muy útil leerlos en orden. Al final de este Viaje, usted tendrá una idea más clara de lo que Dios está haciendo con la humanidad ahora, por qué lo hace y cuál es el lugar que usted tiene en su maravillo plan.

¡Comencemos!

Cordialmente,

Sus amigos de Vida Esperanza y Verdad

DÍA 1	DESHACER EL PECADO	4
<hr/>		
DÍA 2	UNA NUEVA VIDA	8
<hr/>		
DÍA 3	EL PODER PARA VENCER	11
<hr/>		
DÍA 4	UN DÍA PROFÉTICO	15
<hr/>		
DÍA 5	NO MÁS MENTIRAS	19
<hr/>		
DÍA 6	RECONSTRUYENDO UN MUNDO DEVASTADO	22
<hr/>		
DÍA 7	EL FIN DEL COMIENZO	25

DÍA 1

DESHACER EL PECADO

¿Cómo se deshace un pecado?

Cuando cometemos un error y cruzamos la línea, ¿cómo podemos arreglarlo? ¿Cómo hacemos que todo vuelva a ser como antes?

La respuesta corta es: no podemos.

Borrar un pecado requiere necesariamente de una vida —su vida. No estamos hablando de una especie de banco donde las malas acciones se pueden restar con la buenas. Simplemente, “el alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:4) y, como dice Pablo: “todos pecaron” (Romanos 3:23). Cuando pecamos perdemos la vida y *no hay manera de arreglarlo*. La pena debe pagarse.

Hace miles de años, Dios les ordenó a los israelitas hacer sacrificios constantes para redimir sus pecados (Levítico 5:6, 10). Pero como el autor de Hebreos más tarde explicaría: “en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:3-4).

Los sacrificios de los israelitas no bastaban para evitar la pena definitiva del pecado, sólo servían como un recordatorio constante de que “casi todo es purificado [limpiado], según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión [perdón]” (Hebreos 9:22). El propósito de los sacrificios, entonces, era que Israel no olvidara cuál era el precio de su perdón y, aunque ellos no lo sabían, además representaban un sacrificio mucho más grande: la crucifixión de Jesucristo, el Hijo de Dios.

La Biblia dice que Jesús “fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). Aún antes de crear al ser humano, Dios el Padre y Jesucristo tenían el plan de formar una familia, y el primer paso era crear al hombre a su imagen (Génesis 1:26), dándole libre albedrío. Pero esto a su vez representaba un problema: la libertad de elegir implica libertad para elegir *mal*, por lo que sólo era cuestión de tiempo para que el pecado entrara en escena. Los seres humanos desobedeceríamos en algún punto. *Alguien* iba a escoger el mal por encima del camino de Dios, y ¿qué pasaría entonces?

Por un lado, Dios se rehúsa a permitir el pecado en su familia, pero desea que seamos parte de ella. ¿Cómo se reconcilian estos dos conceptos? Si todos los seres humanos hemos pecado, y si la pena del pecado *debe* pagarse, ¿cómo se podrá llevar a cabo el plan de Dios?

La belleza del sacrificio de Cristo, y la razón por la que fue planificado “desde el principio del mundo”, es que con él *se pagó* la pena de nuestros pecados. Lo único que nosotros tenemos que hacer es estar dispuestos a aceptar las condiciones del trato.

Cuando Jesús vino a la Tierra, hace 2.000 años, logró lo que nadie más en la historia ha logrado: vivir una vida sin pecado (1 Juan 3:5). Guardó la ley de Dios a la perfección y nos dejó un ejemplo de obediencia para luego morir de una forma cruel y terrible como sacrificio por el perdón de los pecados del mundo. Tal como lo habían planificado desde el principio: “Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Detengámonos aquí un momento. La sangre de los toros y carneros nunca fue suficiente para pagar por el pecado, pero la sangre del Hijo sin mancha de Dios *sí* es suficiente.

Esto no significa que recibamos los beneficios de su sacrificio automáticamente, por supuesto. La muerte de Cristo no es un cheque en blanco que nos permite hacer lo que nosotros queramos. Por el contrario, aceptar su sacrificio requiere algo de nuestra parte. Es por eso que, cuando un grupo de judíos en Jerusalén entendió su culpa en la muerte de Cristo preguntaron: “¿qué haremos?”, y Pedro les respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37-38).

Este proceso se aplica a nosotros también. Cuando Dios nos revela nuestros pecados, debemos arrepentirnos, reconociendo y admitiendo que le hemos fallado, y luego debemos alejarnos del pecado para buscar su perdón. El siguiente paso es bautizarnos —hacer un compromiso formal en el que nos entregamos por completo a Dios a través de una muerte figurativa que marca el fin de nuestra vida pasada y el inicio de nuestra nueva vida en Dios. El bautismo es un reconocimiento de que las cosas hechas a nuestro modo no funcionan, de que hemos echado a perder nuestra vida a causa del pecado y de que queremos buscar a Dios para que nos transforme en algo mejor.

Como explicara Pablo: “todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte... nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:3, 6). Y en Gálatas 2:20 continúa: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo

que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

El pecado no puede deshacerse, cierto. La pena del pecado *siempre* debe pagarse. Pero esa pena *ya ha sido* pagada por nosotros, si estamos dispuestos a aceptarlo. El Hijo de Dios derramó su sangre para que nuestros pecados fueran perdonados, dándonos la oportunidad de comenzar una nueva vida en Él.

La Fiesta de la Pascua (a menudo descartada como una celebración exclusivamente “judía”) fue establecida por Dios hace miles de años en la nación de Israel. Debía celebrarse cada año como un recordatorio del día en que Dios libró a Israel de Egipto (Éxodo 12:12-14) y el evento principal de dicho recordatorio era el sacrificio anual del cordero de la Pascua —un cordero “sin defecto” (v. 5) que cada familia israelita debía ofrecer. Durante la primera Pascua, la sangre del cordero se utilizó para marcar las casas del pueblo de Dios y protegerlas de la devastadora plaga que doblegaría a Egipto (v. 13).

Pero la Pascua también apuntaba hacia un evento mucho mayor. No fue sino hasta el sacrificio de Cristo que el significado completo de esta Fiesta quedó claro: Jesús es el Cordero de la Pascua (1 Corintios 5:7) y sólo su sangre derramada puede protegernos y libramos de la cautividad del pecado. En su última Pascua en la Tierra, Cristo estableció nuevos símbolos que evidencian este profundo significado —el vino, que representa su sangre; el pan sin levadura, que representa su cuerpo quebrantado; y el lavamiento de pies, que hace énfasis en que los cristianos necesitan tener una actitud de servicio (Lucas 22:19-20; Juan 13:14).

Lo más interesante es el hecho mismo de que Cristo haya establecido estos símbolos nuevos, porque es un claro indicativo de que quería que sus discípulos siguieran observando la Fiesta incluso después de su muerte. De otra manera no les habría dicho: “haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). Siguiendo esta instrucción, hoy en día hay cristianos fieles alrededor del mundo que *siguen* guardando la Pascua del Nuevo Testamento; y una vez al año reflexionan en ese sacrificio que nos libró del pecado.

Sin embargo, la Pascua es sólo el comienzo. Es el inicio de las fiestas anuales de Dios que nos revelan su plan para la humanidad y nos enseñan por qué estamos aquí y qué nos depara el futuro.

La Pascua nos recuerda que podemos ser libres del pecado, cierto, pero ¿qué viene después? ¿Cuál es el siguiente paso?

DÍA 1

DESHACER EL PECADO

El plan de Dios tan sólo *comienza* con el sacrificio de Cristo. Acompáñenos en el resto de este Viaje para descubrir cómo termina el plan.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- Gálatas 2:17-21
- Romanos 7:7-12
- Romanos 5:6-11

VidaEsperanzayVerdad.org

- La Pascua: ¿qué hizo Jesús por usted? [↗](#)

DÍA 2

UNA NUEVA VIDA

¿Y ahora qué?

Digamos que Dios lo perdonó; usted se arrepintió, se bautizó y la sangre de Jesucristo pagó por sus pecados. Pero ¿qué viene ahora? ¿Es ése el objetivo final del cristianismo: ser perdonados y continuar con nuestra vida como siempre?

Por supuesto que no. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”, dice 2 Corintios 5:17. El bautismo lo cambia todo. Cuando usted se bautiza, deja de ser quien era antes. Pasa a ser una nueva creación, habiendo sido crucificado con Cristo, y nada puede volver a ser igual.

El perdón de nuestros pecados por medio del sacrificio de Cristo es sólo el primer paso del plan de Dios. Es un paso vital, cierto, el que hace posible todo lo demás, pero sólo es el primer paso al fin y al cabo. Ayer aprendimos que la Pascua conmemora el sacrificio de Jesús y marca el comienzo de las fiestas anuales de Dios —las celebraciones que nos muestran cómo funciona su plan para la humanidad y cuál es nuestro lugar en él. La siguiente fiesta, Panes Sin Levadura, nos enseña lo que debemos hacer una vez que Dios nos perdona.

Durante los siete días de Panes Sin Levadura, Dios le ordena a su pueblo sacar toda la levadura (los ingredientes que inflan el pan) de su territorio y su vida. “Siete días comerás pan sin leudar, y el séptimo día será fiesta para el Eterno. Por los siete días se comerán los panes sin levadura, y no se verá contigo nada leudado, ni levadura, en todo tu territorio” (Éxodo 13:6-7).

Lamentablemente, como sucede con la mayoría de las fiestas celebradas por el antiguo Israel, muchos teólogos modernos descartan la Fiesta de Panes Sin Levadura como una celebración exclusivamente “judía”, “abolida” o “cumplida”.

Pero restarle importancia a esta fiesta implicaría cegarnos ante un importante mensaje de Dios que el apóstol Pablo claramente no pretendía ignorar: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que *celebremos la fiesta*, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia

DÍA 2

UNA NUEVA VIDA

y de maldad, sino con *panes sin levadura*, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:7-8, énfasis añadido).

Si Pablo hubiera creído que las fiestas de Dios eran celebraciones “judías”, o que habían sido abolidas o cumplidas, ¿las usaría como una ilustración ante un público que estaba compuesto en su mayoría por cristianos no judíos? No tendría ningún sentido.

Lo que sí tiene sentido es que Pablo sabía que su audiencia entendía de lo que estaba hablando. La Iglesia del Nuevo Testamento tenía conciencia de que las fiestas santas le pertenecían a Dios, no a los judíos ni a ningún otro grupo en particular. De hecho, cuando Dios ordenó que las fiestas se guardasen, dijo claramente: “las fiestas solemnes *del Señor*, mis fiestas solemnes que proclamarán como asambleas sagradas, son estas” (Levítico 23:2, *Reina Valera Actualizada-2015*, énfasis añadido).

Desde el día en que les fueron reveladas a la antigua nación de Israel, las fiestas santas han sido fiestas de Dios y cada una de ellas ilustra un aspecto de su plan para la humanidad. Como vimos en su carta a los corintios, Pablo explicó que la Fiesta de Panes Sin Levadura en especial se enfoca en nuestra responsabilidad personal en cuanto al pecado.

Ser perdonados de nuestras faltas no cambia el hecho de que el pecado existe. No evita que volvamos a pecar una segunda o tercera vez. La naturaleza humana que nos tentó antes seguirá ahí y nos volverá a tentar, volverá a inventar excusas y a autojustificarse.

Precisamente por eso la lección de Panes Sin Levadura es tan importante. Cuando Pablo establece la conexión entre la levadura y el pecado, el mensaje es claro: *debemos sacar el pecado de nuestra vida*.

Durante esta fiesta, Dios nos ordena sacar la levadura de nuestras casas y vida —*deshacernos de ella por completo*. La Pascua nos recuerda lo destructivo que es el pecado, y Panes Sin Levadura, que el pecado no puede tener un lugar en nuestra vida.

Pablo también les explicó a los romanos: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:1-4).

DÍA 2

UNA NUEVA VIDA

Ahora, esto no significa que nunca más vayamos a fallar. No significa que nunca más necesitaremos hacer uso del sacrificio de Cristo para ser limpios. Pero sí es un recordatorio de que ser perdonados no nos da licencia para seguir tomando malas decisiones —un recordatorio de que como cristianos, debemos esforzarnos activamente por sacar cualquier comportamiento pecaminoso de nuestra vida, así como una semana al año nos esforzamos por sacar la levadura de nuestras casas.

Vivir en pecado no es opción para un cristiano. Con el poder del perdón de nuestro lado, la Fiesta de Panes Sin Levadura nos recuerda que necesitamos empezar a vivir una nueva vida, sacando la levadura de malicia y de maldad y comiendo del pan sin levadura de sinceridad y verdad.

Pero... aquí nos topamos con otro problema. Es fácil *decir* que debemos ser justos, pero, como ya hemos aprendido por el camino difícil, el camino de Dios no se lleva muy bien con nuestra naturaleza humana. “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

¿Cuál es la solución entonces? ¿Estamos condenados a pelear una batalla perdida entre el llamado de Dios y la tentación de nuestra naturaleza humana?

Si la Fiesta de Panes Sin Levadura fuese el fin del plan de Dios, la respuesta sería: sí. Pero afortunadamente, el plan de Dios *no* termina ahí. Es cierto que nuestra batalla contra el pecado es inmensa, pero no es una batalla perdida. Dios no nos ha enviado a luchar con las manos vacías.

La siguiente fiesta santa, Pentecostés, nos enfoca en las herramientas que Dios nos da para vencer en la mayor guerra jamás librada: la guerra contra nosotros mismos.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- 2 Corintios 10:3-6
- Romanos 13:11-14
- 1 Juan 1:5-10

VidaEsperanzayVerdad.org

- La Fiesta de Panes Sin Levadura: luchando por una vida de justicia [!\[\]\(cd5d635ae6aec3e86e03c24d8938e009_img.jpg\)](#)

DÍA 3

EL PODER PARA VENCER

El apóstol Pablo fue un personaje fundamental en la Iglesia del primer siglo. Fue el escritor más prolífico del Nuevo Testamento y Dios lo usó para predicar el evangelio en todo el mundo conocido. Sufrió naufragios, golpizas, azotes y todo tipo de humillaciones, todo con el propósito de difundir el evangelio que Cristo le encomendó (2 Corintios 11:23-28).

Pero Pablo, como nosotros, también era un ser humano; y, como a nosotros, le costaba vivir a la altura de los estándares de Dios. Cometía errores y tenía una naturaleza humana que se resistía al poder transformador de la Palabra. No en vano dice en su carta a los romanos: “lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7:15).

Pablo sabía lo que era esforzarse por ser justo y fallar. “Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley”, continúa, “que el mal está en mí... ¡Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (vv. 21, 24-25).

La vida de un cristiano no es fácil. Dios nos llama a luchar contra nuestra propia naturaleza —una naturaleza que, como aprendimos en el Viaje anterior, sabe justificar y excusar muy bien los pecados que están destruyendo al mundo. Y si a eso le agregamos la constante presencia de nuestro enemigo espiritual, que sólo está esperando cualquier oportunidad para destruirnos, las cosas se ven bastante grises.

Por nuestra cuenta, somos superados en número y fuerza. No tenemos lo necesario para luchar contra los poderes que se nos oponen. Somos débiles y nos llevan demasiada ventaja —destinados a perder la batalla aun antes de que comience.

Pero no estamos realmente por nuestra cuenta, ¿verdad? Si el Hijo de Dios estuvo dispuesto a morir de una forma horrible sólo para que fuésemos perdonados, ¿cree que nos abandonará en la lucha por vencer los pecados que causaron su muerte en primer lugar? Por supuesto que no.

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni

DÍA 3

EL PODER PARA VENCER

potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:31-32, 38-39).

No estamos solos en lo absoluto y nuestra lucha no es imposible. El Dios del Universo y su Hijo Jesucristo están con nosotros a cada paso, dándonos lo que necesitamos para resistir —y aún más, para *vencer*.

La Fiesta de Pentecostés nos recuerda precisamente qué es *eso*: nuestra mejor herramienta para ganar la guerra.

En el pasado, Pentecostés incluía una ofrenda de los primeros frutos de la cosecha de verano del año. Era un tiempo para honrar y agradecer a Dios por las bendiciones que había enviado, y las que enviaría a medida que la cosecha seguía madurando y aumentando.

Hoy en día, entendemos que las antiguas primicias ofrecidas en esta fiesta representaban a la Iglesia de Dios moderna: un pequeño grupo de lo que algún día llegará a ser una cosecha mucho mayor. Como explica el apóstol Santiago, Dios “de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18).

El primer día de Pentecostés tras la muerte de Cristo fue un momento clave para la Iglesia del Nuevo Testamento. Los discípulos estaban reunidos celebrando esta fiesta cuando: “de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:2-4).

El Espíritu Santo, ese poder transformador de Dios que es capaz de modificar el universo, fue lo que la Iglesia recibió después de la muerte de Jesús. Y, como explica Pedro, ése es el poder que *nosotros* también podemos recibir si nos arrepentimos y nos comprometemos con Dios por medio del bautismo (Hechos 2:38).

Desde aquel día hace casi 2.000 años, el pueblo de Dios ha tenido acceso al increíble poder que transformó el mundo a comienzos de la historia humana (Génesis 1:2). Pero hoy, Dios no lo está usando para transformar el planeta; lo está usando para transformarlo a *usted*.

La única forma en que podemos ganar la guerra contra el pecado es con la ayuda de ese Espíritu. El Espíritu Santo es una herramienta que, mientras más usamos, más nos cambia, y *eso es algo bue-*

no. “De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26).

El Espíritu Santo cambia la forma en que interactuamos con Dios y nos cambia a nosotros por dentro. Pablo nos exhorta: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).

Y el Espíritu es capaz de hacer aun más que eso: “porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:4-5).

Nada de esto será fácil. No se supone que lo sea y nunca fue esa la intención. Pero con el Espíritu Santo de Dios de nuestro lado, definitivamente es *posible*. El sacrificio de Cristo permite que seamos perdonados, y el Espíritu Santo, que ganemos la guerra —que mejoremos, que nos convirtamos en más de lo que somos ahora, y que luchemos contra nuestra errada naturaleza humana permitiendo que Dios nos transforme en algo con lo que pueda trabajar.

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19-20).

Dios no nos llamó para que perdiéramos. Cuando nos arrepentimos y morimos con Cristo a través del bautismo, comenzamos una vida nueva, una vida impulsada por el Espíritu Santo, el poder de Dios mismo. Es cierto que nos queda toda una vida por delante de luchar contra el pecado y esforzarnos por vivir justamente pero, gracias al Espíritu de Dios y el sacrificio de Jesús, *es una tarea que podemos lograr*.

Sin embargo, el plan de Dios no termina ahí. Ya hemos visto que Dios es una familia y quiere hacerla *crecer*. La próxima fiesta santa, el día de las Trompetas, es un paso vital para completar ese maravilloso propósito.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- Juan 14:15-27
- Romanos 8:12-27
- Gálatas 5:16-26

VidaEsperanzayVerdad.org

- Pentecostés: Dios da su Espíritu Santo [↗](#)
- El sermón que dio comienzo a la Iglesia [↗](#)

DÍA 4

UN DÍA PROFÉTICO

Hasta ahora, todos los pasos del plan de Dios que hemos estudiado han tenido un enfoque personal: ¿qué puede hacer *usted* acerca del pecado? ¿Cómo debería estar viviendo su vida? Y ¿cómo puede vencer el pecado?

El siguiente paso, ilustrado en la Fiesta de las Trompetas, nos cambia la perspectiva. Con la siguiente fiesta santa, el lente de Dios se amplía y de pronto vemos que no somos el centro del escenario. La historia no sólo se trata de *nuestros* pecados y *nuestra* redención, sino del mundo entero. Es la historia de los miles que han aceptado el llamado de Dios y han cambiado su vida a través de las edades, y también la historia de los miles de millones que nunca comprendieron a Dios o su Palabra.

El día de las Trompetas representa el día en que el mundo cambiará para siempre.

Pero, al mismo tiempo, Trompetas representa un tiempo de oscuridad —un tiempo en que la humanidad estará en su punto más bajo. El mundo estará viviendo una “gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mateo 24:21), y habrá “guerras y rumores de guerras... pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares” (vv. 6-7).

Los seres humanos serán “amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Timoteo 3:2-5).

El mundo que estas profecías describen es uno sumido en pecado y autoindulgencia, un mundo que poco a poco se cae a pedazos mientras sus habitantes piensan sólo en sí mismos —un mundo, podríamos decir, no tan diferente de nuestro mundo actual.

El enfoque principal de Trompetas, sin embargo, no es el futuro estado de la sociedad. Ése será sólo el contexto. Esta Fiesta en realidad se trata de lo que viene *después*.

Uno de los personajes centrales del tiempo del fin es un poderoso líder que tomará el control “sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación” del mundo (Apocalipsis 13:7) y “[Abrirá] su boca en blasfemias

DÍA 4

UN DÍA PROFÉTICO

contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo” (v. 6). Ese líder se hará pasar por un dios, haciendo que todos lo adoren y obedezcan y, por un tiempo, su farsa dará resultado: “[lo] adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (v. 8).

Pero luego Dios intervendrá.

Apocalipsis nos habla de “siete ángeles que estaban en pie ante Dios; y se les dieron siete trompetas” (Apocalipsis 8:2). Cuando Dios dé la señal, cada uno de esos ángeles irá haciendo sonar su trompeta y, con cada toque vendrá sobre el mundo un nuevo castigo por sus pecados y rebelión.

La Tierra entera temblará. Los árboles arderán. Los ecosistemas colapsarán. Los ríos serán contaminados, las estrellas se oscurecerán y la humanidad quedará casi diezmada. Pero incluso después de seis devastadoras trompetas, el hombre seguirá igual. “Los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos” (Apocalipsis 9:20-21).

Así de mal estarán las cosas. A pesar de tan evidente intervención divina, el corazón del hombre se opondrá contra la mano de Dios mismo y, aun cuando el mundo se esté cayendo a pedazos, la humanidad seguirá haciendo lo que quiere hacer.

Al menos hasta que suene la séptima trompeta.

Cuando llegue el turno del séptimo ángel, se escucharán voces en el cielo diciendo: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). Entonces, Cristo “con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16) y el mundo jamás volverá a ser como antes.

Durante miles de años, la humanidad ha debatido acerca de la existencia de Dios y se ha preguntado qué religión tendrá la versión *correcta* de cómo es Él. La Fiesta de Trompetas representa el día en que esos debates terminarán, porque los cielos se abrirán “y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego... y su nombre es: EL VERBO DE DIOS” (Apocalipsis 19:11-13).

Jesucristo se revelará a sí mismo ante toda la humanidad y, en respuesta, la humanidad tratará de... ¿atacarlo?

DÍA 4

UN DÍA PROFÉTICO

Así es; no inclinarse, no arrepentirse, sino *atacarlo*. El mundo estará tan torcido y corrompido por el pecado que muchos intentarán hacer frente y luchar contra el Señor de todo el Universo. La Biblia de hecho dice que se juntarán “para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército” (v. 19).

El ataque no tendrá éxito, por supuesto. Cristo y su ejército celestial acabarán de inmediato con la incipiente rebelión, y el Creador de todas las cosas finalmente tomará el control de nuestro fracturado y perdido mundo —un mundo que insistió en hacer las cosas a su manera y obtuvo las consecuencias de sus decisiones.

Pero Jesucristo no estará solo. Cuando suene la séptima trompeta, otra importante parte del plan de Dios se hará realidad:

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, *a la final trompeta*; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros *seremos transformados*. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:51-53, énfasis añadido).

En nuestro primer Viaje, descubrimos que Dios es una familia y que los seres humanos fuimos creados con el potencial de *entrar* en ella. En el segundo, vimos que el pecado nos impide ser parte de la familia de Dios. Y en los últimos días, hemos aprendido que Jesucristo murió por nuestros pecados y que Dios el Padre actualmente está trabajando con un pequeño grupo de primicias para convertirlos en sus hijos.

El día en que Cristo regrese, será el día en que eso sucederá.

El apóstol Juan le explicó a la Iglesia: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2, énfasis añadido).

Cuando los cielos se abran y Cristo glorificado descienda montado sobre un caballo blanco, todos los siervos de Dios que vivieron a través de las épocas serán transformados en seres *semejantes a Él* —se convertirán en miembros completos de la familia divina, y seres espirituales con la mente y poder del Padre. Los fieles que hayan muerto serán vueltos a la vida y transformados junto con los vivos y, en un solo momento, la familia de Dios crecerá considerablemente, aunque aún no habrá alcanzado su punto máximo.

Incluso después de alcanzar este gran hito, el plan de Dios no habrá terminado. El mundo aún estará en ruinas y miles de millones habrán muerto sin tener la oportunidad de conocer a Dios, arrepentirse y comprender su potencial de entrar en la familia divina. Los sobrevivientes de los eventos que el día de Trompetas representa estarán completamente abrumados y necesitarán desesperadamente ser guiados. Y, lo que es peor, Satanás el diablo, el engañador del mundo entero, aún andará suelto buscando maneras de frenar el plan de Dios.

El siguiente paso, ilustrado en la Fiesta de Expiación, nos muestra cómo piensa Dios enfrentar estos obstáculos, comenzando con Satanás.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- Juan 14:15-27
- Romanos 8:12-27
- Gálatas 5:16-26

VidaEsperanzayVerdad.org

- La Fiesta de Trompetas: alarma de guerra, anuncio de paz [!\[\]\(09d4ba7572f4a3f588bdb83b38b7fbdb_img.jpg\)](#)

DÍA 5

NO MÁS MENTIRAS

Desde el inicio de la historia humana, Satanás ha estado muy ocupado. Estuvo ahí en el jardín de Edén, convenciendo a Eva de desobedecer a Dios, y ha estado trabajando tras bambalinas hasta ahora, vendiéndonos el pecado como algo bueno, aceptable e incluso deseable. Él es “el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero” (Apocalipsis 12:9).

Pero no nos engañará para siempre.

Satanás tiene sus días contados. Por astuto y poderoso que nuestro adversario sea, Dios siempre será mucho más fuerte e inteligente que él. En el Viaje anterior vimos que a veces Dios incluso usa el afán destructor de Satanás para fortalecer y perfeccionar a sus siervos, y que, en general, el mundo está más dispuesto a escuchar las mentiras del diablo que las verdades de nuestro Padre —lo cual Dios permite por ahora.

Ayer descubrimos que Dios de hecho no intervendrá sino hasta que el mundo se acerque al borde de la autodestrucción. Si los seres humanos estamos tan determinados a creer mentiras, Dios no nos lo impedirá. Es más, dejará que lleguemos hasta la conclusión obvia, poniendo fin al experimento sólo justo antes de que lo arruinemos todo.

La Fiesta de las Trompetas ilustra el momento en que Dios intervendrá, y el Día de Expiación, el momento en que el dragón será al fin silenciado.

Satanás no siempre fue Satanás. La Biblia nos dice que hace mucho tiempo, su nombre era Heylel —palabra hebrea para “lucero de la mañana” (Isaías 14:12, *Nueva Versión Internacional*). No tenemos muchos detalles acerca de Heylel (o, como muchas versiones traducen su nombre al latín, “Lucero”), pero sí los suficientes como para darnos una idea de cuál fue su historia.

Lucero comenzó su existencia como uno de los ángeles de alto rango de Dios —un “querubín grande, protector” (Ezequiel 28:14), “el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosa” (v. 12). Pero eso no era suficiente para él. En el versículo 17, Dios se lamenta porque “Se enaltecíó

DÍA 5

NO MÁS MENTIRAS

tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor”. El querubín ungido de Dios quería más que ser perfecto: quería ser Dios —“Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y *seré semejante al Altísimo*” (Isaías 14:13-14, énfasis añadido).

Esta actitud hizo que Lucero se convirtiera en Satanás. El lucero de la mañana pasó a ser el adversario. Se rebeló contra Dios y su plan para la humanidad, todo porque creía que su perfección (proveniente de Dios) hacía que mereciera estar a cargo. Pero la respuesta de Dios fue: “derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo” (Isaías 14:15).

Satanás fue una vez un ángel de Dios, siervo favorecido del Altísimo. Pero su propio orgullo fue su final. Quería más, y se convenció a sí mismo de que lo *merecía*, hasta que su errado pensamiento lo llevó a atacar el trono de Dios el Padre. Su ataque falló, por supuesto (Jesús más tarde les explicaría a sus discípulos: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” [Lucas 10:18]), pero aun ahora Satanás sigue haciendo todo lo posible por obstaculizar el plan de Dios, y nunca dejará de intentarlo. Mientras el dragón no sea quitado de en medio, la paz duradera será sencillamente imposible en el mundo.

Durante el Día de Expiación, Dios le ordena a su pueblo “ayunar” —pasar 24 horas sin comer ni beber nada (Levítico 23:27). No es un día fácil, cierto, pero es un día que nos ayuda a recordar lo débiles que somos sin el sustento físico que Dios nos da. Además, nos recuerda que “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). En otras palabras, esta Fiesta nos ayuda a desarrollar humildad, el antídoto perfecto para el orgullo que convirtió a un ángel de Dios en enemigo de su pueblo.

Cuando Expiación se celebraba en el Antiguo Testamento, el sumo sacerdote debía separar dos machos cabríos: uno como ofrenda por los pecados del pueblo, para “[purificar] el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados” (Levítico 16:16) y otro, para “[confesar] sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y [enviarlo] al desierto por mano de un hombre destinado para esto” (vv. 21-22).

Hoy en día entendemos que estos dos machos cabríos representaban a Jesucristo y Satanás el diablo —uno cuya sangre “expiaría” (“purificaría”) los pecados de Israel, y otro cuyo destino era llevar “sobre él todas las iniquidades” de los israelitas.

DÍA 5

NO MÁS MENTIRAS

La conexión es clara con lo que sucederá en el futuro cuando Jesucristo regrese: “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años” (Apocalipsis 20:1-3).

Mil años. Cuando Cristo vuelva a la Tierra como Rey de Reyes y Señor de Señores (Apocalipsis 19:16), Satanás será atado y la humanidad al fin será librada de su perversa influencia durante *mil años*.

No más mentiras astutas. No más engaños ingeniosos. El dragón será encerrado mientras la humanidad disfruta de un milenio conociendo al Dios que nunca conoció realmente. Y es *ahí* donde la Fiesta de Tabernáculos comienza.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- Salmos 52
- Efesios 4:17-32
- Colosenses 3:1-17

VidaEsperanzayVerdad.org

- El Día de Expiación: se remueve el enemigo, reconciliación de todos a Dios [↗](#)

DÍA 6

RECONSTRUYENDO UN MUNDO DEVASTADO

Cuando Cristo regrese como Rey de Reyes y Señor de Señores, el mundo estará destruido. Incluso después de que Satanás sea atado, las cosas no serán perfectas. El planeta entero será un caos, con todos sus ecosistemas devastados y su población diezmada. Todo lo que la humanidad ha estado construyendo durante los últimos 6.000 años quedará en ruinas, y las pocas personas que sobrevivan andarán sin rumbo y sin esperanza. Para entonces, habrán sido testigos de demasiada muerte y destrucción; amigos, familia, desconocidos e incluso gobiernos mundiales, todo bajo escombros —todo aniquilado en la mayor catástrofe que la humanidad jamás haya visto.

Habrà mucho dolor y sufrimiento. El mundo estará clamando por ayuda y sanidad. Pero afortunadamente, Jesucristo estará ahí para ofrecerlos. El mundo estará destruido, sí, pero *finalmente* estará listo para escuchar al Dios que lo puede sanar.

Luego de que Satanás sea atado, Jesucristo gobernará la Tierra durante mil años, y no lo hará solo. La Fiesta de las Trompetas representa el día en que todos los siervos de Dios que han vivido a través de la historia serán transformados en miembros de su familia. Y la Fiesta de Tabernáculos ilustra los siguientes mil años, en que los santos reinarán junto a Jesús (Apocalipsis 20:4).

Algunas de las profecías más hermosas de la Biblia de hecho describen este período. Bajo el liderazgo de Cristo, la raza humana finalmente comenzará a crecer y florecer con la guía divina que rechazó en el pasado. “Tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda” (Isaías 30:20-21).

¿Cuál será el resultado? “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Durante el reinado de Jesucristo, todos conocerán a Dios, aprenderán de sus leyes y su camino de vida, y comenzarán a vivir de acuerdo con su voluntad —lo cual cambiará todo. “Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas” (Miqueas 4:2).

DÍA 6

RECONSTRUYENDO UN MUNDO DEVASTADO

Durante ese tiempo, Dios mismo gobernará activamente todos los asuntos del hombre: “juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y *no habrá quien los amedrente*; porque la boca del Eterno de los ejércitos lo ha hablado” (vv. 3-4, énfasis añadido).

Éste claramente no es el mundo en el que vivimos hoy. Nuestro mundo está lleno de violencia y miedo, y a demasiada gente no podría importarle menos lo que el Dios de Jacob tiene que decir. Precisamente por eso la Fiesta de Tabernáculos es tan importante: es la fiesta que representa un tiempo cuando nuestra corrompida y lastimada sociedad será reconstruida bajo la guía de un Dios que nos ama —un Dios que sabe lo que nos conviene y quiere lo mejor para nosotros.

Algunos se resistirán, por supuesto. Aún sin la influencia de Satanás, la naturaleza humana seguirá siendo naturaleza humana y habrá personas que se rehúsen a obedecer los mandamientos de Dios. Pero muy pronto se percatarán de su error: “todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, al Eterno de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos. Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalén para adorar al Rey, el Eterno de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia” (Zacarías 14:16-17).

No lluvia significa no cosecha. No cosecha significa no comida. No comida dificultará mucho negar que Dios es el Creador y Sustentador del universo, y más aún negar su autoridad para exigirnos obediencia. A medida que los años pasen, más y más personas llegarán a comprender que el camino de Dios realmente *funciona* —que es la única manera de tener paz duradera y una vida con propósito.

Por primera vez en la historia, los seres humanos vivirán de la forma en que siempre debieron hacerlo. Conocerán la paz y el propósito de su existencia, y conocerán a su amoroso Creador: “no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Eterno; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Eterno; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34).

En el Antiguo Testamento, los israelitas celebraban Tabernáculos viajando “[al] lugar que el Eterno tu Dios hubiere escogido” (Deuteronomio 12:18) y construyendo moradas temporales (o “tabernáculos”) para “[regocijarse] delante del Eterno vuestro Dios por siete días. Y [hacerle] fiesta al Eterno por siete días cada año; será estatuto perpetuo por vuestras generaciones” (Levítico 23:40-41).

DÍA 6

RECONSTRUYENDO UN MUNDO DEVASTADO

Hoy en día, el pueblo de Dios aún observa esta fiesta reuniéndose en hoteles y otras moradas temporales durante siete días para adorar y regocijarse ante Dios. El hecho de que estas moradas sean temporales nos recuerda que somos “extranjeros y peregrinos sobre la tierra” y que “[buscamos] una patria” (Hebreos 11:13, 14). Esa patria en parte se ilustra con la Fiesta de Tabernáculos —el tiempo cuando todo el mundo conocerá y será guiado por el Dios que hizo el Universo.

Pero aun con todo lo que Tabernáculos representa, todavía no llegamos al final de la historia. Mañana culminaremos este Viaje con la última fiesta, que representa el último paso en el increíble plan de Dios.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- Miqueas 4:1-5
- Isaías 11:1-9
- Hebreos 11:13-16

VidaEsperanzayVerdad.org

- La Fiesta de Tabernáculos: una cosecha abundante [↗](#)

DÍA 7

EL FIN DEL COMIENZO

Durante mil años, la humanidad habrá vivido de la manera en que siempre debió vivir. Todos los seres humanos se regirán por los mismos principios: “hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8), y el mundo entero será transformado.

Las guerras se acabarán y los problemas ahora patentes, como el racismo, la pobreza y la desigualdad, serán al fin resueltos. Nuestro planeta será un lugar justo y estará lleno de personas que verán de primera mano los beneficios de que todos obedezcamos a Dios: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3).

Pero el plan de Dios no termina ahí. Dios es una familia —una familia amorosa y todopoderosa— y Dios el Padre y Jesucristo nos crearon con el potencial de unimos a ella, y cuando Jesucristo regrese, decenas de miles de sus siervos serán resucitados para cumplir precisamente ese propósito.

Pero ¿qué hay del resto de la humanidad? Decenas de miles no es nada comparado con los miles y miles de millones que han muerto a través de la historia. ¿Qué pasará con todos ellos? ¿Se perderá su potencial para siempre?

De ninguna manera. La última fiesta santa —llamada “el octavo día” en la Biblia (Levítico 23:36) y conocida comúnmente como el Último Gran Día— nos recuerda que el plan de Dios es mucho más grandioso y espectacular de lo que podemos imaginar.

Al final de los mil años, las Escrituras dicen que Satanás “debe ser desatado por un poco de tiempo” (Apocalipsis 20:3). Los seres humanos habrán disfrutado de vivir en el camino de Dios por todo un milenio, pero cuando Satanás sea suelto, tendrán que tomar una decisión —la misma que cada uno de nosotros debe tomar ahora: confiar en Dios y obedecer, o creer en las mentiras del diablo y rebelarse.

Lamentablemente, aun tras haber visto las grandes bendiciones que se obtienen de obedecer a Dios, mucha gente se rebelará. Satanás “saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra”, y logrará reunir un ejército tan numeroso “como la arena del mar” (Apocalipsis 20:8).

El intento de ataque, sin embargo, terminará tan pronto empiece. El ejército rebelde se levantará contra “el campamento de los santos y la ciudad amada”, pero sólo para ser consumido en un instante con fuego del cielo (v. 9). Satanás será atado una vez más y para siempre y, entonces, finalmente, los eventos representados en el Último Gran Día comenzarán a llevarse a cabo.

El Último Gran Día se celebra inmediatamente después de la Fiesta de Tabernáculos, aunque el Antiguo Testamento nos da muy pocos detalles al respecto. Además de describirlo como una “santa convocación” (Levítico 23:36) al igual que los demás días santos, no tenemos más pistas acerca de cuál es su significado dentro del plan de Dios.

El Nuevo Testamento, sin embargo, sí nos da más de información. Nos dice, por ejemplo, que la última parte del plan de Dios se llevará a cabo tras el reinado de mil años de Jesucristo. Y en una de las profecías del libro de Apocalipsis, Juan relata: “vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él... Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida” (Apocalipsis 20:11-12).

“*Los muertos*”. Juan lo menciona casi de paso, pero lo que estos versículos nos revelan es que todos los hombres, mujeres y niños que han vivido a través de la historia eventualmente serán resucitados. Y, es más, tendrán la oportunidad de conocer a su Creador.

Dios desea que *todos* los seres humanos seamos parte de su familia. Eso incluye a la pequeña manada con la que está trabajando ahora, pero también a los miles de millones que murieron sin recibir ese llamado. En cierta ocasión, el profeta Ezequiel tuvo una visión donde los huesos de “la casa de Israel” se lamentaban diciendo: “Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos” (Ezequiel 37:11). Pero la verdad es que Israel no está perdido, ni tampoco el resto de las personas que han vivido sin entender el plan del Dios que los creó.

En la profecía de Apocalipsis, leímos que “los libros” serán abiertos, lo cual parece ser una referencia a los libros de la Biblia. Algunos de los resucitados sin duda habrán visto y leído la Biblia antes, pero dado que Dios no los llamó activamente entonces, no la habrán comprendido de verdad.

El Último Gran Día ilustra el momento en que eso cambiará.

La Biblia no dice cuánto durará esta última etapa del plan de Dios, pero sí dice que se abrirá el libro de la vida —lo cual implica que los nuevos resucitados tendrán la misma oportunidad que el pueblo de Dios tiene hoy: llegar a ser parte de la familia divina. El Juicio del gran trono blanco (vea Apocalipsis 20:11-12) será un tiempo en que todos los seres humanos que no fueron llamados en

esta vida comprenderán la verdad de Dios y podrán aceptar su oferta de salvación y de convertirse en sus hijos.

Esa es la gran meta. Ésa *siempre* ha sido la meta. Ése es el objetivo del plan de Dios desde el día uno (desde *antes* del día uno, incluso) y el momento culmen que el Último Gran Día representa. Pablo hablaba en serio cuando dijo que Dios es “paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9), porque eventualmente todos —*todos*— tendrán esa maravillosa oportunidad.

Lamentablemente, esto no significa que todos la aprovecharán. Dios no quiere que nadie perezca, pero algunos igual escogerán hacerlo. Algunos, comprendiendo quién es Dios y qué nos ofrece, aun insistirán en rechazarlo. Hay quienes han tomado esa decisión en esta vida, y habrá quienes la tomen en el tiempo del Juicio del gran trono blanco —quienes se rehúsen a seguir los estándares perfectos de Dios y escojan un camino de vida que sólo resultará en dolor y sufrimiento.

Quienes tomen esta decisión serán destruidos para siempre. Dios, que es amor (1 Juan 4:8), los borrará de la existencia porque su forma de vida solamente causará miseria, y eso es algo que Él no permitirá. No más. Lo más misericordioso que se puede hacer con alguien que está determinado a seguir el mal es hacer que deje de existir. “La muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:14-15).

Puede sonar drástico, pero no hay otra alternativa. Todo se reduce a una decisión, la decisión que todos tenemos que tomar, sea en esta vida o la siguiente:

Dios nos dice: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:6-8).

Vida eterna o destrucción. Familia de Dios u olvido. Ésa es la elección que finalmente todos tomamos, la decisión que representa el Último Gran Día.

¿Y luego?

Luego viene el *verdadero* fin del mundo.

Ya cerca del final, el libro de Apocalipsis nos muestra un pequeño destello de cómo serán las cosas después. Pero aun ese pequeño destello es realmente extraordinario:

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:1-4).

El mundo como lo conocemos es un mundo temporal. No fue diseñado para durar para siempre. Pero lo que viene después es eterno y se escapa de nuestra comprensión. Como seres humanos físicos, nos es imposible imaginar lo que Dios tiene planeado para la eternidad, pero sabemos esto: el mismo Dios que esculpió y diseñó las increíbles maravillas de nuestro Universo físico, es quien está a cargo del futuro.

Sea lo que sea que venga, sin duda vale la pena.

“No habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 22:3-5).

Hemos aprendido mucho a lo largo de estos Viajes. Conocimos al Dios de la Biblia, enfrentamos el problema de la maldad y exploramos el plan de Dios ilustrado en sus fiestas santas. Ahora usted tiene una buena idea de quién es Dios, qué está haciendo y por qué lo hace. Aún quedan muchas más cosas por aprender, pero la única gran pregunta que nos falta por analizar es:

¿Cuál es *su* lugar en todo esto?

Todo lo que hemos estudiado hasta ahora no es sólo conocimiento intelectual. No son sólo un montón de datos interesantes. Una historia se está desarrollando a su alrededor —una que cambiará al mundo para siempre— y *usted puede ser parte de ella*.

Dios está creando una familia y lo quiere a usted adentro. A usted en especial. No sólo a sus amigos o familia, sino a *usted*. Dios lo ama, se preocupa por su bienestar y lo creó con un propósito mucho más grande que cualquier cosa que usted pudiera lograr por si mismo.

DÍA 7

EL FIN DEL COMIENZO

Pero ese propósito no llegará de la nada. Todo lo que ha leído en estos Viajes será completamente inútil si usted no decide dar el siguiente paso: arrepentirse, bautizarse y esforzarse por ser el hijo de Dios que Él lo creó para ser. Habiendo completado este tercer Viaje, no sólo ha descubierto lo que Dios está haciendo, sino también que Él espera algo a cambio. Su tarea ahora es decidir si hará algo al respecto o dejará que este conocimiento sea en vano.

No se equivoque: lo que ha comenzado, ha comenzado. El plan de Dios *se llevará a cabo* y nada, “ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada” (Romanos 8:38-39) podrá detenerlo. Pero Dios lo creó a usted con un propósito: lo creó para ser su hijo y tiene toda la intención de guiarlo hacia ese futuro, si usted está dispuesto.

El plan de Dios continuará con o sin usted si es necesario, pero a Él le gustaría mucho más que usted sea parte de su familia. La decisión es suya.

LECTURA ADICIONAL

Escrituras

- Romanos 8
- Apocalipsis 22

VidaEsperanzayVerdad.org

- El Último Gran Día: la cosecha final [↗](#)

¿QUÉ SIGUE?

Continúe con nosotros en el **“Viaje 4: El pueblo de Dios,”** disponible en el Centro de Aprendizaje de VidaEsperanzayVerdad.org.